

Autonomías

Andrés Mejía D.

Centro de Investigación y Formación en Educación (CIFE), Universidad de Los Andes

Es bastante común sugerir que la educación, y con mayor fuerza posiblemente la educación superior, debe promover la autonomía en los estudiantes. Sin embargo, como ocurre con casi todas las palabras que representan ideas de mucha popularidad, éstas comienzan a ser utilizadas para atraer el apoyo de la gente hacia propuestas o programas, sin mayor reflexión ni entendimiento. Por este motivo, es conveniente re-examinar algunas preguntas alrededor de la autonomía, tales como ¿qué es la autonomía?, ¿para qué promover el desarrollo de autonomía?, y ¿en qué consiste el desarrollo de la autonomía?

Comencemos por una idea común hoy en día: se ha dicho que en un mundo cambiante de forma muy rápida y que exige cada vez más competitividad, las personas deben poder renovar su conocimiento —aprender— en gran parte autónomamente, sin depender tanto de las instituciones de educación formal. Si una persona no desarrolla esta capacidad, su conocimiento quedará muy rápidamente obsoleto y no podrá por lo tanto ser competitiva en el mercado laboral. La noción de autonomía detrás de esta idea es una que podríamos denominar *autonomía en el aprendizaje*. Creo que es posible afirmar, sin mucho temor a caer en una equivocación, que quienes dirigen las empresas en el mundo moderno se han concentrado especialmente en la autonomía en el aprendizaje por parte de sus empleados, por cuanto esto es lo que le permite a las empresas mismas estar cambiando y adaptándose a —o incluso liderando— los cambios en el mundo y en el mercado.

No obstante éste no es el único modo de autonomía. Un segundo modo está relacionado más cercanamente con el pensamiento crítico. Una persona autónoma de esta manera, sería una que no traga entero, que puede ver más allá de los significados aparentes para hallar qué se encuentra detrás de cualquier forma de conocimiento —idea, argumento, teoría, ideología, o práctica social—; que tiene siempre presente qué intereses están relacionados con cualquier forma de conocimiento, incluyendo los propios; que sabe que en cualquier aplicación de conocimiento —así sea conocimiento técnico— en el mundo social, se encuentran implicadas las formas de pensar de las personas, sus éticas y sus ideologías —así sean expertos en algún dominio técnico—. A este tipo de autonomía lo podríamos llamar *autonomía crítica*, y no siempre necesariamente va de la mano de la autonomía en el aprendizaje. Es decir, es posible para una persona ser más o menos autónoma críticamente, sin serlo en el aprendizaje. A la vez, puede ser autónoma en el aprendizaje sin serlo críticamente, como por ejemplo cuando aprende técnicas y herramientas que están de moda, sin detenerse a reflexionar sobre qué es lo que realmente hace cuando las aplica, y por qué.

Un último modo de autonomía al que me referiré en este breve artículo —aunque nada previene que pueda haber más— es lo que podríamos llamar *autonomía en la acción*. Ésta se relaciona directamente con lo que se ha solido llamar *emprendimiento*, porque se refiere a las disposiciones y capacidades de la persona para actuar sin necesidad de que haya presiones externas ni instrucciones de alguien más, sino movido por un impulso propio. Al establecer esta relación con emprendimiento, existe siempre el riesgo de que se confunda la autonomía en la acción con la disposición para crear empresas independientes en el sector productivo. Esto, por supuesto,

puede ser una manifestación de emprendimiento, pero este último no se reduce a ello. Más en general, la persona que es autónoma en la acción es una persona que acomete empresas, proyectos, y en general acciones en cualquier nivel, para transformar el mundo en el que vive en una mayor o menor escala. De nuevo, aunque pueden estar relacionadas, la autonomía en la acción no necesariamente aparece siempre en compañía de alguna de las otras dos autonomías de las que hablé arriba. Una persona puede ser autónoma en la acción, pero hacerlo siempre solamente con lo que aprendió en su educación formal –sin autonomía de aprendizaje–, e incluso hacerlo de una manera irreflexiva y acrítica –sin autonomía crítica–. De igual forma, una persona pueda aprender por su propia cuenta, así como ser reflexiva y crítica, pero sin que llegue a poner esto en práctica por su propia cuenta.

En este caso, como en muchos otros, desarrollar los tres tipos de autonomía es importante. Idealmente, una persona debe ser autónoma en su aprendizaje, intelectualmente, y en su acción. Esto le permitirá no quedarse anquilosada en lo que alguna vez aprendió en su educación formal, a la vez que lo hace críticamente y sin tragar entero, y lo lleva a la acción. Pero en mi opinión es un poco peligroso quedarse sin más ni más con la idea de que las tres son importantes, entre otras razones porque esto puede dar equivocadamente la idea de que da lo mismo fallar en cualquiera de ellas. No sé si sea igual de grave o no, pero al menos vale la pena decir que las consecuencias son bastante diferentes. Una persona que no ha desarrollado autonomía en la acción será posiblemente una persona más bien pasiva que no tendrá mayor influencia en el mundo, a excepción de cuando actúa como parte de un grupo liderado por alguien más. Una persona que no ha desarrollado autonomía de aprendizaje, no estará actualizándose continuamente en su conocimiento y en sus capacidades de acción. Una persona que haya desarrollado autonomía en la acción y en el aprendizaje, pero no autonomía crítica, sin embargo, puede ser peligrosa. Es una persona emprendedora y que aprende fácilmente sin depender de un profesor, pero que es incapaz de reflexionar críticamente sobre qué es lo que está haciendo, y sobre cuáles son las consecuencias o implicaciones de lo que hace. Es una persona que tendrá gran capacidad de acción en el mundo, pero ésta puede ser una acción ciega. Dado esto podrá ser, posiblemente, un mercenario que pone su capacidad de acción al mejor postor sin importar mucho las consecuencias sobre otros de lo que haga, o en algún otro caso una persona al servicio de ideales dogmáticos e intolerantes. Es la autonomía crítica la que, en mi opinión, lleva al ser humano a desarrollarse como tal, a hacerse cargo de su propia vida, a no ser determinado históricamente y, en últimas y por lo tanto, a ser verdaderamente libre. Y la educación tiene una responsabilidad particularmente importante en ello.